

Joan Fuster

NUEVOS Y VIEJOS PAPELES DE LLORENÇ VILLALONGA

Es oportuna, y oportuna a más no poder, esta cuarta edición de *Mort de dama* que ha lanzado el «Club dels Novel·listes». El nombre y la obra de Llorenç Villalonga habían tardado un tanto en imponerse a la atención de los lectores peninsulares: pese al singular interés de los textos que iba publicando en «Les Illes d'Or» y en la «Biblioteca Raixa», sólo cuando en 1961 apareció la versión catalana de *Bearn* empezamos de veras a darnos cuenta de su verdadera talla de escritor. Ahora, el reconocimiento es unánime, y Villalonga queda situado entre los mejores novelistas que hayamos tenido a lo largo del siglo. Pero, como ocurre siempre en estos casos de «consagración» ligeramente tardía, los primeros libros del autor siguen aún un poco postergados en la curiosidad del público, y es una lástima. *Mort de dama* data de 1931 –de aquel año son sus dos primeras impresiones, mallorquinas–, y aunque en 1954 fue reeditada, ya en Barcelona, por Editorial Selecta, hacía falta volver a ponerla en circulación, ya que, en cierto modo, es la pieza maestra de todo el mundo literario de Llorenç Villalonga, cada día más compacto y definido. Por lo demás, unos meses antes de la cuarta salida de *Mort de dama*, Editorial Daedalus, de Palma de Mallorca, inauguraba sus tareas con otro volumen del propio Villalonga, *Desbarats*, también espléndidamente representativa de su trabajo y de sus intenciones.

Tal vez en el origen de *Mort de dama* hubo, ante todo, un simple desplante juvenil, más bien voluble, a medias entre el pasatiempo y la provocación, y la novela, desde luego, desencadenó su pequeño episodio de escándalo. Pero parece como si, de pronto, Villalonga se hubiese encontrado en la mano con un hilo que le llevaba a una intrincada y tentadora madeja, imposible ya de abandonar. Los personajes de *Mort de dama*, sus antepasados y sus descendientes, serán, hasta hoy, y de manera predominante, la materia prima de sus narraciones y de sus temáticas teatrales. Y lo que comenzó siendo ejercicio de sátira se convierte pronto en aguda «investigación» de ánimos y comportamientos proyectada sobre un trozo muy concreto de sociedad. Hacia el pasado, Villalonga se remonta en la genealogía inmediata de sus tipos para fijar un origen a lo que realmente intenta describir: la decadencia de su clase, el desmoronamiento final de la aristocracia mallorquina. *Bearn* refleja ese principio. Y hacia la actualidad, los diálogos de *Desbarats* prolongan la pintura del proceso a través de incidencias y circunstancias de ayer mismo (1940, 1943, 1945, 1947), todavía vigentes. Centrando el vasto retablo, *Mort de dama* es el germen del conjunto, su gozne o su clave. A los treinta y tantos años de su aparición, el libro adquiere una nueva importancia.

La gente que protagonizaba *Mort de dama* –doña Obdulia y sus parientes, amigos y conocidos– procede de la memoria y de la experiencia del autor. En general, las anécdotas y las figuras de todos sus relatos son literalmente «reales», y escogidas, además, con un tino admirable, por su alcance «típico». Yo nunca he llegado a entender

demasiado bien la teoría engelsiana de «la tipificación», pero sospecho que la literatura de Villalonga podría ilustrarla con cierta exactitud. De otro lado, la actitud del novelista es en sí tan ambigua, que tal vez conviniese valorarla como un dato más de la menuda hecatombe social que se propone registrar. Villalonga se complace en destacar con rasgos cáusticos la definitiva putrefacción de ese *ancien régime* insular de donde él mismo sale, y a la vez, nada hay en sus escritos que insinúe una opción frente a ella. La «crítica», aquí, no se justifica en nombre de un «pasado» o de un «futuro» supuestamente «mejor»: es, sencillamente, un *tour de force* de lucidez. Villalonga ve cómo se derrumba su sociedad, y constata el hecho. Ni se congratula ni lo lamenta: lo constata, y eso es todo. Si se le escapa por un segundo el acento de la nostalgia, no se permite más. Al fin y al cabo, para un hombre como Villalonga, profesando un humanismo «muy siglo XVIII», aún hay algo valioso en lo que se pierde.

Algo: un vago patrimonio de elegancias y de sensatez, débil pero útil, permanecía latiendo bajo las rutinas de las señoras provincianas y los nobles rurales de Mallorca, patriarcales y anacrónicos. Villalonga lo cree así. Sólo que, ni él ni nadie, podríamos esperar –ni menos desear, quizá– su preservación, tal como andan las cosas por esos mundos. Una mezcla a partes iguales de ironía y resignación parece constituir la óptica de Villalonga. En *Desbarats* nos encontramos con un personaje, Minos, que apenas vela con la alusión mítica la identidad del autor: Minos, metido en el ajetreo inconsciente de sus familiares y allegados, la tribu de la marquesa de Pax, es el único en no dejarse arrastrar por sus ilusiones y en proveer a éstas de un contrapunto ácido e implacable. Su pasividad impávida le confiere la visión de un testigo privilegiado, y en consecuencia, la amargura sonriente del juicio. Por boca de una baronesa marginal, Villalonga expresa lo que en el fondo debe ser–o debe de ser– su auténtico punto de vista: «No comprenc quina pressa tenen es governs revolucionaris en arruïnar ses quatre cases grans que encara queden. Com si no se sabessin arruïnar totes soles!» El texto de tales palabras – Palma, 1940, recaudadores de contribuciones del Estado– da más ferocidad al sarcasmo. Y por este camino, lo demás.

[*Destino*, 1505, 11 juny 1966, p. 54]